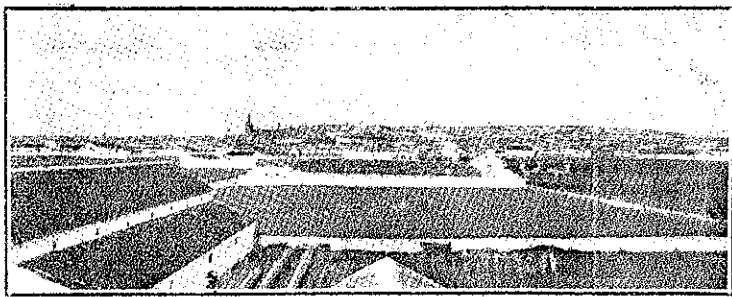


## POR LAS TIERRAS DE LA EPOPEYA



¡Criptana, un minuto! exclama con juvenil entonación el mozo de estación que hace servicio.

Y apeándome del departamento en que viajo me dirijo hacia el pueblo.

Son las cinco de la madrugada. En el cielo luce esplendorosa y clara la luna: brillan las estrellas con limpidez. El cuadro que se me ofrece es sublime con la sublimidad del silencio de los astros, del espacio iluminado suavemente y cuajado de diamantes, de la llanura oscurecida y sin límites visibles, del colectivo reposo.

Después de dar algunos pasos y caminar errantes por las calles ignotas del tranquilo pueblo, de un pueblo que yace dormido al celo de unos hombres que velan su sueño...

Todo es silencio, quietud, solemnidad.

Aun no ha querido el sol trasponer el Oriente cuando las campanas del lugar suenan el toque del Angelus. Y este silencio grave, majestuoso, sepulcral, truécase poco a poco en múltiple alborozo; que el día que amanece es festivo y el Obispo está de visita Pastoral.

Como dijo el poeta «*ya en su negro corcel huyó la noche*» y el día se muestra apacible, lleno de luz el horizonte, despejado el cielo, en calma los vientos, tibio el ambiente.

Naturaleza da de sí lo bastante para que yo pueda escudriñarlo todo y formarme una idea exacta del pueblo.

Como todos los pueblos de la Mancha, tiene Criptana unas calles muy anchas, muy derechas y muy largas. De vez en cuando y contrastando con la albura singular de sus casuchas bajas y solariegas, se vé el edificio moderno de elevados pisos, grises fachadas de artísticos miradores y soberbias verjas de hierro.

Al lado de la morada indígena, el suntuoso albergue, traído por extranjerizas modas. Junto al rústico anuncio de la cepa colgante, el historiado blasón de puño en rostro.

El conjunto es abigarrado: pero domina en él la nota de blancura típica de sus viviendas en general.

Hasta blancos, muy blancos, son esos sus célebres molinos de viento: los primitivos artefactos de la floreciente industria harinera: los pregoneros castizos de la inmortal epopeya en tierras de la Mancha concebida.

Ver uno de estos gigantes aparatos con sus enormes aspas, su có-

nico y movable cobertizo, su inconfundible ruidoso estrépito y sus movimientos lentos, y venírsele a las mientes la genial figura del caballero Quijano, todo es uno.

Y no anduvo descarriado Cervantes al buscar en las cercanías de Criptana la Dulcinea de las quimeras quijotescas. Que para mí, lo mismo da Toboso que Criptana: una legua más o menos nada implica en la psicología regional. Tan manchega es la nacida en Toboso como en el Campo. Y acaso sea este pue-

blo uno de los que posean la gracia de conservar neto, muy neto, el tipo clásico de la mujer manchega.

Se puede decir sin temor a dudas de ningún género, que los cuatro siglos que han pasado desde los tiempos de Cervantes acá, no han alterado los moldes en que venía formándose la sociedad humilde de Criptana.

Vístense y se peinan estas mujeres a la usanza de antaño: esos refajos de mil colores e infinitos pliegues, esas pelerinas de tonos subidos, y esos peinados lisos con castaña atrás, todavía les llevan.

Y así es posible sigan, un día y otro día, hasta que sus molinos existan; y entonces, con la desaparición de estos inveterados artefactos, únicos a quienes se puede decir giran a merced del viento que sopla, quedarán como episodios de una vida pasada, como ruinas de mejores tiempos, habillitas y prendas, leyendas y vestigios de esta vida singularísima de hace cuatro siglos.

Pueblo manchego como ningún otro: manchego por tu llanura, por tu cielo, por tus habitantes, por tus costumbres, por tus edificios, y sobre todo, por tus molinos: la impresión que tu visita produce es indefinida: plasmas la vida actual, la vida moderna, en el organismo secular de tus rústicas viviendas y cultivados campos: añoras con tus alrededores lejanos tiempos de fantasía: llevas el sello de tus costumbres tan impreso, que no puedes negar eres solar de hidalgos...

Pero de tu visión solo dejas imperecederas en la mente del que te contempla: la efigie de tus mujeres lozanas, de tostados semblantes y musculosa contextura, de catadura bondadosa y gesto agridulce; el pausado rodar de las velas de tus aspadados molinos, únicos gigantes supervivientes a la época de tus epopeyas; y esta afán tan nuevo en todos los pueblos, afán de construir suntuosos edificios para sociedades recreativas.

¡Lástima que las ideas viejas sean las que con apariencias de novedad hayan de seguir en esos futuros monumentos! ¡Círculos recreativos! ya lo creo: hay quien al juego llama recreo: a la lectura superficial de novelas folletinescas cultura: y al discurso de mitin conferencia educativa.

Nuevos palacios para el mango-neo electoral, los bailes de carnaval y los tratos comerciales...

Y sin embargo de escuelas públicas... beneficencia...

CARLOS CALATAYUD.

